

BASES

Este periódico se publica todos los días menos los festivos, repartiendo además, gratis, una edición a los obreros.

Oficinas: Beato Diego de Cádiz, n.º 6 Talleres, en la misma casa.

LA INFORMACION

PARA LOS OBREROS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

SUSCRIPCION

En Cádiz, al mes, Ptas. 1'50
Provincias, trimestre « 5'00
Número del día 10 céntimos.
Anuncios a precios módicos, con extensa circulación, por insertarse en las ediciones que en gran número se reparten gratis.

Algo que interesa

La simple lectura de algún asunto, por frívolo que fuese es causa muchas veces, de que el insectillo imaginativo que vuela de acá para allá, se pose sobre la flor de la reflexión elaborando sanas deducciones.

No hace mucho tiempo, en las columnas de un rotativo aparecía una interesante noticia, que poco más o menos decía: «En el día de... y aprovechando su estancia en la finca de..., entretuvieron sus ocios los señores A. y B. probando unos magníficos sables de construcción reciente, con tan mala fortuna, que resultó ligeramente herido el primero de aquéllos» ¡Vaya unas bromitas las de tales señores, sin caer en la cuenta de que según cierto refrán «el diablo las carga» ¿a quién de ellos se le ocurriría tal sport, sin parar mientes en que la lesión pudo ser grave, y expuesta a caer de la debida asistencia? Gracias que la casualidad vela en tales casos, y suele haber próximo algún facultativo, que si no...

Bueno, pues burla burlando, me obsesioné con la idea del duelo, por su semejanza, muy poca, con el hecho de marras, y hube de preguntarme: ¿Pero amigos míos, podrá el hombre disponer de su vida? En manera alguna, desde el momento que no siendo suya, a nadie es dable utilizar lo ajeno, sin el consentimiento del dueño, ni extralimitarse en la concesión; luego esto sentado, el desafío es ilícito, y por lo tanto injustificable, bajo cualquier punto de vista que se le aprecie.

Sencillamente pudo ser disculpable, en sus orígenes, cuando la nobleza gentil para vengar el agravio recibido, consideraba más humanitario el reto individual, al derramamiento colectivo de sangre, de deudos y vasallos; así mismo en tiempo de cruzadas y reconquista, vemos a los jefes de enemigos bandos, solventar por sí, el cúmulo de diferencias surgidas de tan opuestos ideales, antes que sus huestes se abismaran en lucha encarnizada. Pero como una cosa es el uso y otra el abuso, enseñoreado el orgullo de las conciencias, generalizado el duelo, llegó a ser más conocido que el ungüento amarillo, dando margen a que el Rey Don Alfonso X, que por algo denomináronle el sabio; dictase sabias disposiciones; y así en la séptima ley de Partida, establece el uso del desafío ante doce testigos; solo en caso de alevosía y trición luego de resultar imposible la avenencia y siempre mediante su venia.

Vióse obligada la Iglesia a lanzar sus anatemas sobre todo lo que oliese a duelo, ayudada por los Monarcas católicos que establecieron severísimas leyes, a fin de cortar de raíz tan funesta costumbre: buena prueba de ello la dá Felipe V. declarándolo *delito infame*, con pérdida aneja de rentas y honores, para quienes interviniesen en ello, aun en la parte más insignificante.

Hoy, triste es decirlo; el hombre en todas las clases sociales, guiado por el espíritu de animadversión corre precipitadamente al abismo en que se sumerge, ofuscada su razón y sin ánimo para volver el rostro y contemplar madre, esposa, hijos agobiados por la miseria y el llanto; todo por el deseo de venganza, que no sabe perdonar la ofensa; todo por el ambicioso *puedo más*, que acude al desquite, mediante lo que denominar pudiéramos *quitamanchas del honor*.

LA ACTUALIDAD POLITICA

La que piensa el Ejército

Suponía *El Imparcial*, en sus «Notas militares», que las apacibles corrientes en estos últimos días manifestadas entre ciertas cumbres republicanas y el Palacio Real, habían regocijado al Ejército y sonado a gloria en los cuarteles. Faltos nosotros de la maravillosa facultad por virtud de la cual ha podido nuestro estimado colega pulsar la opinión de la colectividad armada, casi en los mismos instantes en que las expresadas corrientes se exteriorizaban, ninguna objeción formulamos por el pronto, ante aseveración tan halagüeña, aunque ella estaba en pugna con nuestras impresiones de siempre; pero ya, con tiempo bastante para documentar nuestro juicio y copiar multitud de pareceres, nos es dable terciar en el asunto, y es también en nosotros un deber el hacerlo, aunque nos duela la precisión de disipar la alegría del matutino compañero.

Nada hemos oído, ningún eco de la opinión militar ha llegado a nosotros, que confirme y corrobore esos cantos de gloria a que *El Imparcial* alude. Si algunos lo han entonado, esos cantos no han tenido la más mínima repercusión en las nutridas filas de la oficialidad española, que no se entusiasma con las funciones teatrales de la política, ni se deja alucinar por efectos cuya causa, por hoy, desconoce. Esa noble oficialidad no ha perdido la memoria, ni está tan desprovista de criterio, que pueda admitir como oro de buena ley lo que pudiera ser metal de ningún precio; y alejada con repugnancia de los campos en que todo se sacrifica a la satisfacción de los apetitos personales y de las ansias de dominación, y sabiendo muy bien quiénes son sus detractores y enemigos, quiénes viven con ellos en complicidad y hasta dónde puede llegar la bajeza de sus intrigas, permanece en su puesto de honor, atenta sólo a velar por la salvación de la Patria y el Rey, y por el engrandecimiento y la dignidad del Ejército.

La oficialidad española, calumniada é injuriada por algunos republicanos y por el socialismo revolucionario, hipócritamente y ofendida también por ciertos periódicos que pretenden vivir en perpetuo equívoco, perturbada por la franquicia de las recompensas, divorciada de los hombres políticos que parecen enemigos jurados de los supremos intereses de la Nación, y dolorida é indignada ante la anárquica situación a que se está llevando al país, no tiene por qué prestarse a servir de comparsa en momento alguno, sino que, antes al contrario, anhela ardentemente que allá en lo alto resuene la voz redentora, que la llame y la conduzca a luchar y a vencer por la Patria.

La oficialidad española, finalmente, contempla entristecida é irritada cómo se conciertan—por parte de algunos políticos y de algunos periódicos que no favorecen ciertamente al Rey ni al actual, Gobierno—obscuras y desleales sugerencias para lograr que parta del Regio Alcázar la granada de mano que aniquile al partido conservador, tanto más odiado, cuanto que es uno de los más firmes sustentáculos de la Monarquía y la amenaza más temible contra los traficantes de la política, del caudal público y de la revolución.

Esto es lo que piensa la opinión militar.

(De *La Correspondencia Militar*.)

EL DAÑADO AYUNTAMIENTO

LOS LINDEROS DE LA REPUBLICA

¡Cantos del Trovador!...

Liberales y republicanos, con su cuenta y razón, se van a quedar roncós a fuerza de pregonar que no media entre ellos el «dañado ayuntamiento» de que los acusa el Sr. Maura. Pero es vano empeño, porque con remilgos no se oculta el pecado.

Antes de los trágicos sucesos de Barcelona, estábamos habituados tan solo a los cantos del Trovador. Eran los tiempos en que hasta las momias del partido alterno, como diría con feliz frase el doctor joven Ortega y Gasset, sentían arder la pícaro llama en las cajas de sus catarros, y parodiando a Zorrilla, repetían la manoseada cantilena: «con la Monarquía se puede llegar hasta los linderos de la república». Y la *niña* se dejaba querer. Yo no le alabo el gusto; pero ella, la muy tontona, trapicheaba con la liberal ancianidad.

Eran los tiempos en que el apuesto doncel D. Melquiades Alvarez, el de la musical laringe, convertía su gorro frigio en un clavel reventón, como los que perfuman las rejas sevillanas, con ánimo de prenderlo en el tocado de la Realeza, para quien, como es sabido, entonaba sus más dulces romanzas, *ferido de amor*. Al canto de las triples y de los tenores respondía el eco monótono del coro general, lo mismo que en las óperas de Donizetti y de Bellini. Aquella era todo un devaneo amoroso de pastorcillos y zagalas al son de gaitas y tambores de la política. De vez en cuando plañía la cítara y suspiraba también D. Segismundo. A todos *strazinava un poter che non só dir...*

Aquella locura fué el preludio del bloque, verdadera tentativa de raptó, preparada con los oficios de tantas tercerías, y que acabó con el estrepitoso fracaso de seducidos y seductores, amén de las reprimendas domésticas de sus respectivas familias. «Solidaridades ostensibles unas veces, latentes otras»...

Pero después de los sucesos de Barcelona se volvió a las andadas. Y entonces ya no hubo linderos: los flirteos y las inocentes canciones, las flores y letrillas se trocaron en la pública impudicia del comercio republicanoliberal. Exministros y expresidentes del Consejo del Rey, «apiñados y revueltos con los radicales y anarquistas», dieron el famoso «asalto combinado al Poder». Fué el Sr. Moret quien, con alientos prestados por las izquierdas, dijo en el Congreso, en medio de la estupefacción de las gentes: «ni un día, ni una hora más». Energía tan desusada en un político tan débil arrancó entusiásticos ¡olé! a Rodrigo Soriano, el gerente de *España Nueva*.

Al efímero triunfo de unos días, sucedió la caída del Gobierno y la pérdida de la jefatura del partido. El Sr. Moret sucumbió víctima de la «implacable hostilidad»; pero más que víctima de la «implacable hostilidad», sucumbió víctima de las apostillas que al discurso del señor Maura ante las mayorías conservadoras, en el Senado, puso el conde de Romanones con la reunión de los Comités liberales. El Sr. Moret tuvo que retirarse a peregrinar por el desierto. Pero el señor Moret y los generosos correligionarios que se descalzaron para acompañarle en su infortunio, no tuvieron mucho respeto, que digamos, a la «púrpura regia», blan-

co entonces de su retoricismo senil. «Con la pluma, como dice Quevedo, vuela el hierro que ha de herir», y el jefe de la peregrinación y los nazarenos más significados de su cofradía, lanzaron al aire sus saetas en forma epistolar. Y en Dios y en mi ánima juro que aquellas epístolas de antaño no le llevaban gran ventaja a las de hogaño, ni anónimas las hubiera tomado nadie por hermanas de *Pérsiles y Segismunda*, ni por hijas de Fray Luis de León, ni por hijastras de Saavedra Fajardo, digan lo que quieran Cavia y demás estanqueros de la pureza del idioma.

Pulgas literarias aparte, ¿por qué sucumbió el Sr. Moret? El conde de Romanones y los Comités del partido no redactaron su protesta contra el actual presidente del Congreso en los términos generales en que está redactada la nota del Sr. Maura. El conde y los Comités personalizaron y localizaron el peligro que amenazaba a la Monarquía.

El «dañado ayuntamiento» no era Maura entonces quien lo descubría, sino el conde de Romanones, socio político en la actualidad del que en aquellos días, según los comités y el conde, arrojaba «astillas del Trono a la revolución anticristiana, antimonárquica y antisocial». El *A B C* ha publicado hace pocas semanas aquel documento de aristocrático y monárquico fervor. ¿Se atreverán los liberales a negar la «colaboración sórdida y premiosa de que ellos se valieron para arrojar al Sr. Moret del Poder y arrebatarse la jefatura?»...

Y vino Canalejas, el hombre más avanzado de la Monarquía, a demostrar a sus antiguos camaradas de bloque, que ésta era compatible con la democracia. Variaciones sobre el mismo tema, variaciones tan difíciles en arpegios, filados y fermatas como las que inmortalizaron a la Patti.

Con Canalejas en el Poder llovieron las pensiones, las cátedras, las actas, las direcciones a favor de los enemigos de la Monarquía. El «dañado ayuntamiento» alcanzó proporciones aterradoras. El Sr. Maura se sacudió el polvo. *El Imparcial* no se ha enterado todavía de que fué en el Parlamento.

Las injurias al Rey, toleradas y consentidas por los poderes públicos, estuvieron a la orden del día en la Prensa republicana. «Hoy ha muerto de hambre y de frío en la carretera de Extremadura el mendigo tal», decían los periódicos republicanos. Y a renglón seguido: «Hoy ha estado cazando ó paseando el Rey. Por esto le han correspondido tantos miles de pesetas; a la Reina, tantas; a la Infanta Isabel, tantas». Y la canción se repetía, y se sigue repitiendo en la mayor impunidad.

¿Qué ha dicho el Sr. Ruiz de Grijalba en el Parlamento, donde ahora quieren los liberales lavar su ropa de contemporizaciones, halagos y propinas a los partidos radicales antidinásticos? ¿Ha sido el Sr. Maura quien ha señalado el «dañado ayuntamiento» de gobernantes y facciosos en el reparto de canonjías, capellanías y diezmos del Instituto de Reformas Sociales? ¡Viva la República, viva el socialismo, viva la anarquía, con el dinero del presupuesto y bajo la advocación de D. Gumersindo!

Pero si ese «dañado ayuntamiento» es la fórmula contractual, el vínculo jurídico con que se ha constituido el *trust*, con sus tres portentosos rotativos, pura ejercer el monopolio de la fama y del talento y para disfrutar la exclusiva en la expención de patentes para gobernar, ¿cómo va a consentir que sea ministro el

